



CUATRO ESTILOS

IDEALISTA

Las flores de aquel valle que lanzan sus olores,
las hojas de aquel árbol, do trina el ruiseñor,
las trovas amorosas de dulces trovadores,
¡parécenme sublimes si gozo de tu amor!

¿No vistes la amapola, doblada por el viento
que silba entre las ramas del árbol secular?
¡De igual manera, hermosa, verás mi pensamiento
si tu cariño *dulce* me quieres retirar!

DRAMÁTICO

¡Un arco de sombras lleno!
Rasga el sombrío capúz
del cielo, ha poco sereno,
tras el retumbante trueno,
de un relámpago la luz.
¡Dan las diez!... ¡La sombra crece!...
Oyense lentas pisadas
que el huracán desvanece,
¡y un bulto negro aparece,
lanzando torvas miradas!

Avanza con precaución
por ser la noche sombría:
mas de pronto, en confusión
oyóse una maldición
y un lamento de agonía!
¡Brilla la luz en el cielo
con un resplandor que aterra

y se observa, *en hondo duelo*,
un puñal roto, en el suelo,
y un hombre tendido en tierra!
El autor, antes sereno,
de su conciencia oye el grito;
huye de pesares lleno
y en tanto..... ¡retumba el trueno
por el espacio infinito!!

MATERIALISTA

Lucía es una chica, que vale más pesetas
que dieron en su tiempo las minas del Perú.
Señores y lacayos, gomosos y poetas,
ancianos y soldados la van haciendo el bú.

Amor lascivo brindan sus ojos sandungueros.
Sus labios seductores son nidos de placer.....
Gomosos estirados, apuestos caballeros,
son siempre despreciados..... ¡Qué diantre de mujer!
¡La chica está cansada de amor y de floreos!
Galanes *seductores*. ¿queréis lograr su amor?
Pues mano á los bolsillos, y obrando sin rodeos,
no le ofrezcais venturas..... ¡metal será mejor!

EPIGRAMÁTICO

¿Que tu amor raya en locura,
me digiste, y que le toca
la cura del mal al cura?
¡Ya comprendo que estás loca,
pero que *no tienes cura!*

J. ADAN BERNED.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO S. U. S. A. S.

15.2/34

1-60

UN PARTIDO DE PELOTA

Se anunciaba para el domingo, si el tiempo no lo impedía, un gran partido de pelota, extraordinario y fuera de abono, en el fronton de Abando, partido en que atravesaban los jugadores 5.000 pesetas, entre Indalecio Sarasqueta (el Chiquito) de Eibar, y Vicente Elicegui, de Rentería, contra Francisco Alberdi (Baltasar) y Juan José Eceiza (Mardura), los dos últimos de Azpeitia. Fijaban luego las condiciones del partido, á blé, á habilidad libre, á 50 tantos y á sacar todos de los cuatro cuadros con 12 pelotas finas, de 118 á 120 gramos, elaboradas por Don Modesto Sainz, de Pamplona. Todo así, detalladito, y luego el cartelón seguía fijando los precios desde 10 hasta 3 reales, y otras menudencias.

Se habían avistado ya el Chiquito y Mardura; habían elegido las 12 pelotas y éstas, selladas, fueron remitidas en saco también sellado y lacrado. No es la cosa para ménos.

Al fin ¡Ya era hora! Llegó el día al cabo radiante de esplendores. Palpitaba el aire bajo un cielo de záfiro bruñido que reverberaba al sol y la luz caía á chorros ¡vaya un calor! llovía fuego derretido. Son aquí estos días como garbanzos de libra; don de la Providencia. Fue ansiado con más ahinco que el de la boda por los novios, más que las pascuas durante los ayunos. En todos los rinconcillos de Vizcaya se le esperaba como al santo advenimiento; al acostarse repetían muchos la misma canción, contaban con los dedos... «hoy, jueves, 22; mañana, viernes, 23; pasado, sábado, 24; el

otro.... dos días faltan!» Soñaban con airosos revceses y boleas vigorosas revolviéndose de gusto en la cama, haciéndose boca. Desde Cádiz vino uno, sólo por verlo. Estaban ya pedidos los billetes, los revendedores hicieron su Agosto. ¡Qué partido!

Aquel gran día arrastró el ferrocarril de Durango á cientos de hombres de todos los pueblecitos del interior, médicos y curas en mayoría. En todas las caras el regocijo anhelante de los niños el día del santo patrono del colegio, día de asueto. Desde la mañanita temprano bordeaban de la ceca á la meca por las calles de la villa diferentes grupos. «¡Eh, José!» *Kaisó, Chomin, emendi?* El otro sonriendo como resignado y alzando los hombros; *¡partidubé ikusterá!*—«Ola, Pachi, á lo mismo, eh?» ¡A lo mismo!» Se restregaban las manos murmurando «¡qué partido!», se citaban para la tarde. «¡Si está aquí medio Munguía!.....» decía uno; «¡Todo Bermeo!» otro, y un tercero: «¡Ha quedado libre Durango!» «¡Has visto al alcalde?» «¿Dónde pára el secretario?» Preguntas, exclamaciones, manotadas en las espaldas, apretones de manos, frases plagadas de acentos, recargadas de alma las palabras, castellano, semi-castellano, vascuence en sus diferentes tonos y matices, el schischeo del interior, algún que otro *yiyá* de guipuzcoano de *beterrí*, el canturreo de la costa. *La Prusiana* parecía una colmena en primavera, gentes que entraban mientras salían otras, yentes y vinientes, andantes y parados, rítmor de tenedores y cucharas,

15 7124



retintín de copas timbradas, susurros y palmas; un gran día sin duda.

Después de devorar, cuya hora adelantaron muchos, era de ver el boulevard delante del Suizo, allí, bajo el toldo; aquéello parecía un hormiguero ¡qué enjambre tan zumbón! «¡diez duros por Azpeitia!» «¡20! 40!» Los que ponían poco lo anunciaban muy alto, los jugadores gordos cerraban sus apuestas en voz baja, sin ostentación ni bullanga, como se cierran los grandes negocios. «¿Cómo anda el papel? «¿Qué agio se da?» «¿Hay momio?» «¿Está á la par!» «Cincuenta á cuarenta por Elícegui!» «¡Hum, hum!» Parecía una bolsa de contratación en días de crisis ministerial!

Al rededor de una mesa un corrillo de muchachos que ponían pescuzo largo y se alzaban sobre los piés para verles, les devoraban con los ojos, les contemplaban con la boca abierta, hurgándose la nariz alguno ¡oh! ¡los jugadores! Estaban rodeados de sus cortesanos. Una cara correosa, seria y lánguida, ojos caídos, frente arrugada, cráneo largo, fisonomía de viejo en cuerpo joven, una cabeza delgada y fina sobre unas espaldas anchas y sólidas. Junto á él un rostro agudo acabado en nariz, unos ojillos que parpadeaban vivamente en una cabeza clavada al tronco. Luego la gente se removió hácia otra parte, llegaba un moreno airoso, de tez bronceada, con fino bigote, eterna sonrisa, andar ligero y suelto, algo como la marcha de un gato montés, cuerpo hecho á torno, elegante, típico ejemplar de nuestra raza vasca. Dieron las cuatro, empezó el traqueteo de los coches, los tranvías eran tomados por asalto, iban como racimos de hombres.

*
**

Un edificio extenso y chato, guarnecido de grandes ventanas á todo su largo y escudos de armas sobre ellas, rematado por una balastrada. Abajo tiendas de comestibles y bebidas. A continuación de él otro elegante edificio de tres cuerpos, la escuela. En la taquilla una avalancha de gente que empujaban y alargaban los brazos peleándose por coger billete. Por dentro,

el juego espacioso, del cual rebasaba el aire pesado y espeso del sudeste, sofocante, aire que vivía y se agitaba á todo lo largo y todo lo ancho. La cancha reluciente, caldeada, emanaba bocanadas de calor, un aliento de piedra que hervía; las paredes descarnadas se alzan rectas, planas y desnudas como tapias de presidio. La gradería sube en declive, abajo filas de sillas, algo todo ello como un circo romano modernizado con las líneas rectas de un monumento egipcio, y por encima de las paredes las recortadas montañas verdes pegadas al cielo azul. El viento riza las banderolas.

La gente, vomitada de los atestados tranvías, va entrando. El pueblo empieza á acostarse en la gradería con murmullos de impaciencia. Una masa gris, abigarrada y compacta, palpitante como un montón de gusanos, puntos rojos. azules y marrones aquí y allí; á trechos manchas negras, grupos de curas que van al espectáculo. Uno con su papelito y su lápiz se prepara á tomar notas. Abajo algunas señoras, con sombrero casi todas.

Por entre la gente que ocupa la cancha se adelanta abriéndose paso un mocetón, alto, fornido, blanco y graso, pelo ensortijado, cara de angelón de retablo. La camisa blanca, matizada de variadísimas sombras por pliegues riquísimos, boina azul, cinturón rojo, pantalones blancos y anchos y alpargatas también blancas. En el brazo derecho la *chistera*, sacudiéndola para probar si está sujeta. Empiezan á pelotear para entrar en calor, á templar las cuerdas, es como el mosconeó que precede á la ejecución en las orquestas.

«¡Ya está aquí Baltasar!» Unos se levantan y otros se sientan impacientes, ensayando posturas, tosiendo, remangándose los calzones empujando á los de delante, se moldean al asiento, buscan sitio á los piés, alguno limpia los lentes, todos comentan, hablan y gesticulan y en todas las caras la inmovilidad inquieta de quien espera una primera cita. A las cinco menos minutos empiezan los aplausos de impaciencia, las voces de ¡tuera! ¡á sentarse! el hormigueo de la gente de sillas que se retira, sombrillas que se cierran. ¡Vamos á ver!

Un duro forma espejuelos en el aire y cae

entre los jugadores con agudo retintín, han echado á cara y cruz el saque; Baltasar se dirige á la mesa, allí delante, en sus sillas, los abogados del juego, dos junto al escás de saque, junto al de pase otros dos, en medio el juez de plaza. El jugador toma la pelota, la palpa y bota, dándosela luego al contrario, quien examinada y botada se la devuelve. Al fin! Toses, expectación. Está libre la cancha, se oye un susurro humano como rumor de fiera en acecho, de tempestad lejana que viene, va á sacar Baltasar. Mira á los otros, ellos el cuerpo hácia delante; la cesta caída, el Chiquito encorvado, delante á la bolea, el renteriano detrás al bote, todo ojos, esperan. Se arranca...! ¡ia, Pachico! Aup! Sale... bolca! ¡Bravo Chiquito!

Así principió la brega que fué aquel día dura, durísima. Un moscón cursi de tendido no se saciaba de repetir que *rayaban los jugadores á grande altura*. Era frase de fiesta y no se le atragantaba jamás.

Los primeros tantos no hacían fermentar al pueblo, todavía no llegaba el entusiasmo á punto de horno. El sol achicharraba. Se respiraban dos bandos parcialísimos, los unos solo aplaudían á los de Azpeitia, á los otros dos los otros, y no tan solo el remate ingenioso ó rápido de algún tanto, sino también las pifias del contrario. Allí tirios y troyanos, rojos y blancos, ñacinos y gamboinos, la cuestión eterna y eternamente renovada, levadura humana, el perejil de todas salsas y sal de todo puchero. ¡Qué clamoreo se levantó cuando agrupándose los jueces, de pié, con las boinas en la mano, resolvieron dar un tanto á una de las partes! Los abogados no se entendían, llamaron al juez; esperaba impaciente el encargado del tanteador, corrió este y tras de él todos los ojos. sonó el timbre..... para Eibar! ¡Qué bronca, ciclo santo! Silbidos, gritos, patadas, aplausos. un remolino de voces, «¡fuera! ¡falta! ¡bravo!» El Chiquito miraba sin sacar.

No es el público de las corridas de toros, que saborea un quite, paladea una estocada y se estrémece con júbilo de la sangre ante un buen puyazó; allí no hay fracciones que luchan, no se apasionan por el toro unos y otros por el matador; es una lucha impersonal. Aquí es

el pueblo de las guerras de bandería, amasado con carne de batalla, arrullado por el fragor del combate. El dinero anda de por medio sazónando la pasión.

Hay marduristas y eliceguistas, esclavos de su sangre y su temperamento, los que siguen á la fuerza de la astucia, al cálculo y la rapidez, y los que adoran y creen en la fuerza franca y sólida, abierta y sin dobleces. Dice el cartel Mardura, y le pluralizan llamándole Marduras. Chiquitistas apenas los hay y lo son todos, se admira al eibarrés como á Homero sin haberle leído, de oidas y como de cajón, unos hablan de sus buenos tiempos, otros le creen en sus mejores, dicen aquellos que ha bajado, estos que el suelo ha subido; tiene ya su leyenda.—«Cállate, bocota, cállate! Elésegui dar y dar na más!» «Nos ha chafao! Y Marduras..... más susio que no sé qué.....»—«Susio ó no susio él té gana..... y el otro qué? La cuestión es ganar.»—«No, señor! La cuestión es jugar limpio!» La substancia es la misma siempre, varía la salsa. Elícegui y Mardura son dos símbolos, banderas.

En alguna parte del público se notaba animosidad contra los azpeitianos; la inquina del español hacia el que ha subido pronto; no puede resistir al desco de tirarle de una pierna. Siempre los azpeitianos, los azpeitianos por arriba, los azpeitianos por abajo, ¡qué caramba! acaba por aburrir á un buen español.

Los corredores iban y venían, se agachaban aquí y allí y anotaban en su memorandum. Gritaban «10 á 8 por Elícegui» y más allá otra vez «10 á 8 por Elícegui!» «¡Van!» Los papeletos corrian de mano en mano y los corredores de silla en silla. Sus voces eran el barómetro del partido; primero á la par, después 10 á 8 por Azpeitia, 30 á 20, hasta 30 á 15, luego otra vez á la par, 12 á 8 por Elícegui, 30 á 20, 40 á 25, hasta doble á sencillo, subía, oscilaba, bajaba otra vez. Aquello era un hervidero. A que llegaban á 30, á que no, á que á 40, á que á 42. Se igualaron á 4, á 6, á 13, cogieron ventaja los azpeitianos, les alcanzaron los otros y les pasaron, volvieron á igualarse á 30 entre la sorda baraunda del pueblo. Competidísimo.

Un señor gordo decía cuando iban pisándose

los talones: «Durito, durito es el partido, qué sé yo! Los azpeitianos son el demonio..... ese Mardura es una ardilla, tiene unas piernas! está como Dios en todas partes, pero especialmente donde hace falta..... pues y Baltasar? ¡Vaya una intención que me gasta el mozo! El Chiquito, ¡oh! Azpiri es el rey de la pelota..... y Elícegui ¡vaya una potencia, pero qué potencia!» Esta palabreja le cosquilleaba en los oídos y no la soltaba, se la había aprendido en viernes. Cuando Azpeitia tomó ventaja, decía: «¡Bah! ya se lo llevan de calle, si no puede ser de otro modo....., ya lo decía yo..... por algo les llaman los invencibles, no puede ser!..... ese gandul no sabe más que dar y dar..... Ya me esperaba esto...!» Volvieron á igualarse: «Hum, hum! Esto va serio..... Hoy Elícegui está de vena..... y el Chiquito! mire V.! ya les ha caído que hacer á los invencibles... me parece que...» meneaba la cabeza, «en fin, ¡tch! veremos!» Tomó Eibar ventaja y el gordo: «Ya me lo presumía yo..... no puede ser..... si no puede ser..... con una cabeza como la del Chiquito y una potencia como la de Elícegui..... ¡vaya una potencia! esto era sabido.» El tal señor jamás se equivoca, ni juega tampoco, si no es una botella de Rotterdam por aquel á quien le tocase el saque. Y seguía murmurando «¡qué potencia!»

La cosa se animaba, se coloreaba y ardía. Al llegar á los 30 estaba el pueblo magnetizado, botando en el asiento; tendidos los cuerpos hacia adelante. Electrizados, como repelidos de sus sitios, ansiosos, ojos y nervios, todo, oían, veían y aspiraban la pelota..... Oé! Allá va! Aaa.....-upa! Zás! Aaah! Pifia! El jugador examinaba la cesta, la encorbaba apoyándola en el suelo, la sacudía en el brazo ¡tch! maldita cesta! Baltasar soplaba hinchando los carrillos al sacar, se limpiaba el sudor con la manga, escupía, se levantaba los pantalones y en cada pelota que se le escapaba echaba la mano al trasero, recogiendo una pierna y girando sobre la otra como un trompo.

Otras veces esperaban con el aliento enfrenado, clavados los ojos, y al sonar el duro y hueco son de una cortada irresistible, rompía el pueblo en un estallido como en los días

húmedos las cuerdas tendidas y vibrantes del violín. Los eliceguistas armaban un barullo de mil demonios, eran los más y los más bullosos, entre ellos casi todos los muchachos barbilampiños y recién salidos del cascarón. Su entusiasmo pasaba del rojo y llegaba al blanco.

Los jugadores iban, venían, volvían, corrían... ¡Atzeá! ¡Aurrián! Bajaba Mardura jadeante, como perro trás de la presa desde el cuadro 10 al 4 ó 5, y al llegar él ya Baltasar con una bolea pistonuda había atrasado la goma. Se volvía trotando y balanceándose como balandra en regateo, mientras decía por lo bajo á su compañero con voz ahogada: «¡Bien, Panchico!»

De cuando en cuando les llevaban sillas y se les acercaban los botilleros, hombres graves á lo mejor, á servirles una copita y darles algunos inútiles consejos, á animarles. Y ¡que es honor ser botillero! digo, consejero. Si prolongaban la sentada, aplausos de impaciencia.

En delantera de tendido un joven no dejaba de gritar: «Atzerá! ¡Aurrerá! Biyetán, biyetán! ¡jo, jo, Visente! ¡Gorá, Baltasar! Orí, orí! Utz!» Es lo único que sabía de vascuence y lo lucía. Otro, las manos entre las rodillas, arqueando las cejas, seguía á la pelota, y á cada cortada estiraba el cuello y parecía querer engullírsela con los ojos. Cada pelotazo le espoleaba los nervios, y se reflejaba en los músculos de su cuerpo el rumiar de los tantos y el traqueteo martilleante del corazón que sacudía toda su carne. Muy bajito y conteniendo el aliento repetía: «¡cortada! Arrima! Así! Dos paredes! Bolea! Bien, Mardura! Revés! Bravo Elícegui! Era el sibirita de frontón que se reconcentra para paladear los tantos.

¡Qué hermoso el 33! Fué el *quince* de la tarde, según repitió varias veces el gordo. Sobrebrio fué, sublime! No lo olvidarán á la primera los buenos aficionados. El Chiquito tomó la pelota y se arrancó antes de botarla de 4 ó 5 metros con una carrerita corcada por gritos de ánimo, rematada en un como trenzado de baile y sacó uno de aquellos saques cortos, rápidos, en que gime la pelota con grito agudo y se arrastra luego como una lagartija. Pero Mardura la arrancó del suelo á pulso y punta y

empezó el peloteo. Bolea del Chiquito, otra de Baltasar, una terrible de Elícegui, bravos sofocados; Mardura la coge á revés y la atrasa, vuelve á cogerla Vicente, la toma con suavidad y sin ruido alguno, sin esfuerzo aparente, acariciándola y la lanza con vigoroso empuje: era como un cosquilleo que pusiera fuera de sí á la pobre, y como si ella, excitada, nerviosa, se arrancára en violentísima carrera. Pero se la devuelven, entregada esta vez..... el pueblo no respira, un mugido envuelve al jugador..... ¡al quinto infierno! ¡hasta el 14 lo menos!..... algunos se levantan..... parece que la respiración dormita. Mardura llega, mira á la pelota que bota alto, la espera, dobla el cuerpo en arco, atrasa el brazo, contrae la boca, la coge y va describiendo una curva suave, mientras la sigue un trecho trotando el jugador y en toda su trayectoria el público con los ojos. ¿Si llegará, si no llegará? Viene á dar como cuatro dedos sobre el escás de falta, y cac pesadamente á la cancha mientras se oye el germinar de un grito inarticulado, que se corta al ver allí delante, blanda como manteca, á la pobre pelota. Un brazo vigoroso la coge..... se oyen gritos de ¡otra! Suena seco y recio contra la piedra y sale con brío, Mardura clavado la espera con la cesta en alto, á ella vá la pelota, la sacude y la vuelve. Otra más ¡duro! Baja la cabeza y la sigue trotando como su sombra, arrastrando la cesta, llegan los dos, describe el medio arco corriendo á bolina y la vuelve. ¡Qué tanto! La toma el Chiquito y corta, le restan, vuelve, venga pelota, golpe aquí y golpe allí, bolea viene y bolea vá ¡firme! Baltasar dos paredes que son contestadas por otras dos, corre y es recogido en las sillas. ¡Qué tanto!

Llenó entonces el espacio una gritería alegre, una cascada de voces, de riquísimas notas claras y sordas, tropel de bravos, pasta de chillidos escapados, exclamaciones de triunfo y júbilo, ardiente batir de palmas, como sinfonía de castañuelas, carracas y matracas, zambra de palmadas y más palmadas. Algunos sombreros volaron á las losas, hasta puros. Los cuellos se alargaban, chispaban los ojos, y aquel agitar de manos parecía una convulsión epidémica. El grito aflojaba, cedía como ventarrón en un

bosque, se ahogaba en palmadas perezosas y tardias, luego en un rincón empezaban de nuevo con más furia, más sonoras y retumbantes otras palmas y tras ellas volvía á romper el aire el frenético batir de cientos de manos. ¡Qué tanto aquel, valía seis Miuras!

Los jugadores descansaban sentados, bebían agua, se enjuagaban la boca con coñac, el Chiquito tosía, Mardura cambiaba de alpargatas; aquellas vueltas en redondo! Elícegui, sentado, consoladote, tenía pegada la camisa al cuerpo y se le trasparenteaba á trechos el color rosa pálido de la carne.

Unò, allí cerca del gordo, estaba ciego, entretenido en tomar notas: «esta ¿qué ha sido?» «¡magnífica largal!» le decía su vecino, y apuntaba una etc grande, garbosa, de palo alto y rígido. De cuando en cuando el recuento. Había por allí un cibarrés que no dejaba en paz con su Chiquito: «Oh! El Chiquito, Chikiyá!» Le miraba sin quitarle ojo á ver si reparaba en él ¡cuántos saludos perdidos, no mirabal!.... Al fin, debió de repararle, le devolvió el saludo con una sonrisita y una inclinación de cabeza y el hombre, esponjándose en su asiento, empezó á contar que en Eibar jugó el Chiquito por *debajo de la pata* á dos, y etc. etc. Luego, en un descanso, narró conmovido los épicos partidos de Durango con *Lisurume á mari-mano*. Decía en cada jugada de Baltasar; «¡chamba, le ha salido!» Siempre las del azpeitiano eran casuales, intencionadísimas las del maestro, como llamaba á su paisano.

Un riojano decía que allá en la Rioja!.... luego «¿Quién es Elícegui?..... ah! sí! al alto! buen mozo! ¿Quién ha ganado el tanto? ¡Buen boleador tiene, porra!» Oía gritar «¡jo! jo!» Y «eso que peineta quí decir?» El joven que solo sabía vascuence de frontón le servía de truchiman y le explicaba que jo en vascuence significa que le dé: «Pues mejor harían hablar en cristiano... qué porra!»

¡Qué dejadita aquella del Chiquito! Esperaba Baltasar á la pelota como gato en acecho, encorvado, el Chiquito la cogió ¡aquí te quiero ver! hasta Flandes lo menos..... y quedó allí abajo, muerta, casi sin bote. ¡Qué correr y trotar el de Mardura! ¡qué ir y venir! Como decía

uno al gordo, parecía *talmente* un *pincha-agujas*. ¡Qué dos paredes metió Pachico al maestro! «Ori oril!» le decía su compañero. De reveses á aire, más vale no hablar que se hace agua la boca, ¡colosales! La cesta á la izquierda sostenida con ambas manos ¡vaya con aquel esperar con calma á la pelota, y verla luego lanzar con suave movimiento! No buscaba la chistera á la pelota, sino ésta á aquella. Durante los tantos solo se oían los golpes secos y acompañados del brioso tic-tac del peloteo.

Unos arrollaban nerviosamente el billete de entrada, otro le hacía mirar todo á su vecino. «Vea V., vea V., allá va Elícegui..... mire usted qué cortada..... mire cómo corre Marduras!» A cada tanto volvían sus ojos al tanteador, ojos tristes ó alegres, la boca plegada ó sonriente, fuera de sí mismos. Decía el gordo: «Antes era más *clásico*, se cantaban los tantos; ahora..... estos refinamientos modernos..... verdad es que antes por un puñadito de pesetas venían á jugar á cualquier mal frontón, y ahora no piden menos que 1.000 reales.» Oyó decir á uno que Elícegui castigaba la pelota y se le quedó un ratito mirando. Luego repetía entre dientes: «¡castigar, castigar, castigar!»

Un obrero por la facha, de boina azul, alargaba la cabeza, se le hinchaba la vena del cuello y enderezando la cintura en el asiento seguía con los ojos á la pelota, mientras acaricia con los dedos en el bolsillo un papel de 50 pesetas, de suavísimo y mugriento tacto, delicia de los dedos, el jornal de unos días. Miró al tanteador, frunció las cejas, se puso colorado y gritó tímidamente: «10 á 8 por Azpeitia!» «¡Van!» Entregó el papellito, una ligera contracción de las comisuras de la boca, bajó los ojos... su pobre mujer, joven y ajada, sobre una cuna vieja, quería en tanto dar con sus besos calor á los labios de cera de un chiquillo enteco y flacucho que exhalaba vapores de sudor frío mezclado con lágrimas. De esto tienen la culpa los burgueses y la ley férrea del salario.

Desde los 36 tantos, Eibar y Rentería empezaron á cobrar ventaja, Mardura crecía, pero su compañero aflojaba, luego Elícegui estaba piramidal, hecho un héroe según decía el gordo. Era de ver al Chiquito enderezar el cuerpo

hacia delante y largar con una ligera vueltecilla hacia dentro una bolea. Y ¿quién cogía aquellas cortadas de Elícegui que sin bote alguno resbalaban por el suelo como rapidísimas culebras? Mardura se impacientaba, ponía cara lánguida, arqueaba las cejas, apretaba los dientes al desenvolver cada pelota con brío recogiendo el brazo sobre el pecho y dando media vuelta. Aquella tarde mudó tres pares de alpargatas.

Llegó el último tanto. La gente empezaba á salir; 41 por 49; sacaba el Chiquito. Cortó Elícegui y se acabó el partido. Sí, se acabó aquel partido tan esperado, soñado y descado, se acabó.

El sol se había puesto, y una telaraña de neblina velaba al cielo. El Chiquito fué cogido en brazos, festejado. «Pero hombre, esto es una locura! decía un forastero, habráse visto, ni que fuera Frascuelo!» Unos volvían cabizbajos, prestando felicidad otros. «Si no llega á estar tan desgraciado Baltasar en el último tercio.....!» «Pero si este es partido robado!.....» «Bah! 41 tantos para 50 no es diferencial!» «Ya se repetirá y veremos!» El que no se consuela es un tonto. «¡Vaya una potencia! ¡Y qué manera de castigar á la pelota!» exclamaba el gordo al pasar á mi lado.

En todo el partido no se vió un solo borracho; á los toros muchos van á merendar, al partido todos á ver. Después quedaban por el camino á echar un trago de chacolí y tomar unas tajaditas de merluza frita.

Poco después se pregonaba en el Arcnal: «El Pelotari,» «El Nuevo Pelotari,» «La Chistera» y «Variedades» con la derrota de los azpeitianos. Allí la reseña del partido, lacónica, seca, fría é incolora como parte de batalla en tiempo de guerra, pero elocuentes como datos de estadística recalentados por la pasión. Andando el tiempo llegará cada jugador de primera á tener su correspondiente organillo.

Volvieron á henchirse de gente los wagones del ferrocarril de Durango; en los pueblos esperaban grupos á los coches para recibir noticias frescas y fidedignas, y los casinos de los pueblecitos se cerraron más tarde aquel día. A Eibar y Rentería, patrias ilustres de los



campeones vencedores, habían sido enviadas á tiempo palomas mensajeras.

Los que perdieron, buscaron consuelo, y los dineros ganados se fueron como los del sacristán.

No tuvieron poco que hablar, eliceguistas, chiquitistas y marduristas. En más de una semana fué comidilla de tertulias, círculos y cafés el arte del Chiquito, las piernas y la cabeza de Mardura y el brazo de Elicegui, ¡vaya una potencia! que decía el gordo. ¡Menuda pelotera de padre y muy señor mío la que en los periódicos profesionales, *ecos de los frontones, dedicados á las lides pelotísticas* (esto es de ellos) sostuvieron Rasa y Dejada! Porque el autorizadísimo Dejada largó con aquel su estilo exuberante, ramplón y enfático lo menos tres artículos de columna y media cada uno, llenos de apóstrofes, invocaciones, metáforas, epifonemas y otras drogas de retórica fiambre en

que probaba que lo que sucedió debió haber sucedido así.

La amodorrada musa del sublime Píndaro, el cantor de los atletas vencedores en los juegos píticos y en los olímpicos, despertó y al despertar arrebatóse en fuego lírico y presa de excelso raptó poético entonó con rimbombante trompa épica altisonante himno al prepotente Elicegui y al heroico Azpiri, rival de Aquiles, el de los piés veloces.

Los más favorecidos llevaron á su casa como pan bendito pelotas del partido con su inscripcioncita conmemorativa, regalo del museo doméstico, reliquia preciosísima. Algunas fueron solemnemente destripadas, con el interés con que se hace la autopsia de un criminal famoso.

Al cabo todo quedó en calma hasta otro.

MIGUEL DE UNAMUNO.

(3)



TU RECUERDO

Libro de El Nervion
1893

Si alguna vez en la callada noche
la luna miro que me alumbra triste,
allá te veo entre sus tÍbios rayos
que me sonrÍes.

Si algÚn arroyo á contemplar me quedo
que entre la yerba murmurando corre,
digo, sus ondas, jugando alegrés,
dicen tu nombre.

Y si en la brisa que á pintadas flores
las hojas mueve, por doquier me fijo,
creo escuchar de tu amoroso pecho
dulce suspiro.

Y entre las ondas de la mar tranquila,
y entre los trinos de canoras aves,
y en todas partes do mi vista fijo
veo tu imagen.

MEFISTÓFELES.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S